

Mario Bahamonde (1)

El silencio sobre la tierra (2)



QUE el más extraño hallazgo. Habíamos caminado dos días por la parte más desesperante de este desierto, sin que fuera posible distinguir algún rincón menos amargo en esta tierra de la muerte. Dos días de sol y de distancia hacia el derrotero de una mina perdida. Siempre me ha escarbado en el corazón la ilusión de las vetas y me gusta arañar la tierra en la avara ambición de estrujarle sus metales. Es un viejo afán mío. Ahora íbamos a eso.

Las cumbres del cerro *Limón Verde* nos sirvieron de referencia cuando partimos. Pero el desierto termina por ser una masa gris y pesada que se arranca hasta donde no se puede ver. Por eso decidimos separarnos y catear cada cual su sector. En la tarde, el viejo *Rampla* encendería una fogata y así nos sería fácil reunirnos.

Eramos cuatro. Los vi alejarse mudos. Los mineros no con-

(1) Nació en Taltal en 1910. Es profesor de castellano. Ha escrito «Pampa Volcada», que publicó en la colección «La Honda», y dos novelas inéditas. Trae el ambiente pampino a nuestra literatura.

(2) Inédito.

versan sino con las piedras. Y yo también empecé mi faena. Es curioso que a los años que llevo en esta tierra todavía me sienta sobrecogido por ella y una angustia de soledad me apriete en la carne. El desierto atrapa, encierra, aplasta con su amplitud. Es una desesperación de luchar contra el silencio que duerme en la cara parda.

No sé cuanto rato caminé. Perseguir un derrotero es como ponerle el hombro a una esperanza, y los ojos me bailaban ansiosos. Era la historia de una antigua mina que la fantasía y la tradición se encargaron de ponderar, y que el cerro miserable se empecinaba en esconder. Sin embargo, esta vez me animaba la certeza de algo extraño.

Mi sector era una ancha quebrada que se iba desmayando por una cuesta sin importancia. Dos cerros bajos diseñaban los pétreos murallones. No sentía cansancio ni la fiebre del sol había empezado a fundirme el lomo. De trecho en trecho hurgaba las piedras y repartía combazos, tratando de encontrar lo que no había.

Así fué como caí en el hallazgo.

Primero fueron unos huesos semienterrados los que me frenaron el paso. Unos huesos blancos de pura tiza apretada. Los miré con curiosidad. «Son de animal», peneé. Hasta los huesos de los animales dejan en su muerte el dolor de soportar una agonía terrible. A los lados, botados a la suerte, unos trozos de madera muy seca parecían salvarse del tiempo. El cuadro adquirió, de súbito, una presencia conmovedora. ¡Madera..., huesos de animales...? Paulatinamente fuí descubriendo la forma de una rueda que se había deshecho. Un trozo de los rayos..., un pedazo del aro. Eso podía ser una vara.

¡Me alarmé! ¡No había escuchado tantas veces la historia de las caravanas que se tragó el desierto? Un mundo de conjeturas me aprisionó junto al silencio rumoroso de aquel cerro. El silencio me apretaba como si quisiera estrujarme. ¡Sí, esos restos tenían que ser de una caravana!

Ya no me acordaba de la mina ni del derrotero. Poseído de un apuro enfermizo comencé a buscar detalles y a sumar indicios. La tierra abrazaba los despojos con una sed de ocultarlos. Al frente, en pleno paredón, divisé una cata. El ojo negro de la bocamina me miraba sombrío. Creo que corrí.

Pero aquí mi alarma llegó al espanto. Casi a la entrada (el hoyo no era muy grande) un hombre muerto se conservaba en una postura inverosímil. Es imposible que alguien pueda comprender el pavor con que lo atrapa a uno un espectáculo así. No es miedo a la muerte. Es un respeto primitivo y animal a la grandeza implacable de esta tierra. Es el misterio de la soledad. Es la quietud pesada del silencio.

Grité:—¡Eh... Romeeeero... Leeeeiva... Raaampla! ¡Vengan... vengan...!

Inútil. La voz me salía apenas y se quebró entre los paredones como tragada por el aire. Además, ellos debían estar muy lejos.

No sé cuanto rato me demoré en reponerme. Nunca he sido cobarde, pero ahora me cohibía ese cuerpo deforme y hasta un ligero temblor me recorría las piernas. Al fin empecé a revisar los restos. La ropa se deshacía con sólo tocarla y en muchas partes ya no quedaba. En cambio, el cadáver, por ese milagro de la sal y de la sequedad, se mantenía intacto, tal como si fuera de un cartón-piedra. Estaba agachado en posición de arañar.

Dolorosamente imaginé lo que tuvo que ser su agonía. Murió de sed. Sí, no pudo ser de otra manera. Pero, ¿por qué? ¿Cómo consiguió atraparlo el desierto?

Unas gruesas correas de cuero, completamente calcinadas, y algo como un capacho minero o unas alforjas se hundían en el suelo áspero. ¿Cuánto tiempo había permanecido así todo esto? Una sensación de años dormidos emanaba del ambiente. Parecía que el tiempo se hubiera puesto a descansar.

De repente miré hacia un rincón y vi que tan oculto como las otras cosas había un manojito de papel. Al comienzo me resistí

a tomarlo porque me parecía que profanaba ese rincón de la muerte. Tuve que hacer un esfuerzo visible para estirar el brazo. Eran hojas sueltas, entre dos tapas de cartón, escritas a lápiz. Tal vez lo único que se conservaba intacto, excepto el cartón. Pero no quiero contarles lo que leí. Prefiero copiárselos. Yo tengo un concepto personal de esta tierra y a mi modo la respeto. Es una tierra que atrapa y mata. Ella permanece impasible hasta que el hombre se doblega y la besa. Por eso prefiero que sepan por Uds. lo que leí.

* * *

Creo que ya van dos meses que andamos por los cerros. No sé exactamente. El viejo Puebla lleva unas anotaciones con rayas de los días que pasan, pero no nos quiere decir. ¿Dónde andaremos?. Si yo tuviera que regresar solo desde este lugar del desierto, no sabría por dónde salir. Esto me espanta. Estamos a merced del indio Garabito. El es el guía. Creo que conoce mucho. Pero otras veces pienso que estamos a merced de la tierra. No hay indio Garabito que valga cuando a la tierra se le ocurre confundir sus lomas.

Si, tal vez hace dos meses que andamos cateando. ¿Cuándo se enfermó el sordo Aurelio? ¿Hará una semana? ¡Por qué diablos me preocupa el tiempo! Nosotros salimos a catear cerros y aquí estamos. Fué ocurrencia mía la de entusiasmar a don Rafael, proponerle trato de socio y armar la expedición. Me gustó el derrotero que me pintó el indio Garabito y yo mismo me encargué de juntar a la gente. El viejo Puebla es un buen carretero. El sordo Aurelio conoce un cerro por el olfato. También el Pampa Díaz sabe mucho. Pero ahora me parece que es un hombre malo. No debí traerlo. En cambio don Rafael me preocupa bastante. Cuando recién salimos de Cobija venía alegre y hacía bromas a destajo. Me conversaba mucho de las minas de Copiapó. Pero en estos días se ha puesto serio y no habla. ¿Se habrá arrepentido? Tal vez no, porque un minero firme no suelta nunca la veta que lleva en la esperanza.

Anoche dormimos al amparo de unos peñascos, en la carpa. El frío quería rebanarme y por aquí no hay como hacer una fogata. En fin el aguardiente ayuda mucho. Noté las ganas con que el Pampa Díaz sorbió su ración. Los demás lo quedaron mirando por que hace un gesto muy divertido cuando traga. ¡Es un roto diablo! Después nos acurrucamos. Miré los animales que parecían fantasmas soñolientos. El viejo Puebla los cuida bien, pero están muy flacos. Debemos estar muy lejos de Cobija. ¿A dónde seguiremos ahora?

* * *

Hoy el sordo Aurelio apareció con unas piedras que nos llenaron de asombro. Es un sordo muy ladino. Creo que le tengo aprecio. Nuestros ojos ávidos se lanzaron encima. Nos agrupamos llenos de novedad. Hasta el Pampa Díaz, que suele ser muy desconfiado, se allegó al comentario. Me fijé cómo don Rafael se encendió entero. Fué otro. El mismo que vi partir de Cobija. Molimos las piedras y él se puso a poruñar. Estuvo largo rato batiendo el cuerno a la espera de que en el fondo acuoso de la poruña apareciera la colita del metal. De repente dijo: «¡Es oro!» Estábamos asombrados, suspendidos de un hilo que no quería cortarse. Pero algo noté en los ojos maliciosos del Pampa Díaz. «Muestras malas o leyes pobres», sentencio al cabo con cierta frialdad. Después se volvió donde el sordo y le gesticuló el desprecio. El sordo comprendió. Tomó la poruña y se puso a discutir.

Al rato nos encaminamos al lugar donde Aurelio hizo el picado. Confieso que un deseo oculto me martirizaba la ansiedad de un hallazgo. ¿Sería nuestro derrotero? Eso tienen las minas prenden en el alma una pasión muy hermosa. Por lo menos, a mí me pasa que me pongo a soñar con los ojos abiertos.

Era un gran cerro, como un cuerpo apretado de rocas furiosas. Desde abajo parecía que sus garras se empecinaban por arañar el cielo. Pero fué inútil. Sacamos más muestras y repetimos el ensa-

yo, hasta que nos convencimos del fracaso. En este instante el Pampa Díaz desenfundó una risita socarrona y una mirada astuta que molestaron al sordo Aurelio. Este último le clavó los ojos como si fuera a reventar.

Pero no nos descorazonamos. Cada cual busca su esperanza por el camino que prefiere y nosotros hemos elegido el de los cerros. Me aflige, en cambio, que los animales estén tan flacos. Parece que hemos avanzado mucho.

* * *

Otro día y otro día. ¿Cuántos irán? ¡Pero qué diablos me preocupa el tiempo!

Ayer en la tarde me llamó don Rafael para decirme que estaba muy cansado. También yo lo he notado marchito. Es cierto que los mineros no contamos la vida por años sino por leguas, pero parece que don Rafael tiene muchas en el cuerpo. Me habló de unas dolencias a las piernas y de sus años mozos en las minas de Copiapó. A ratos creo que le gustaría regresar.

* * *

Hoy hemos decidido quedarnos un día sin cerros para remendar aperos y atender a otras reparaciones. Además, hemos llegado a una sierra que es necesario mirar con calma.

Sin embargo, ocurrió un percance que le impidió al viejo Puebla comenzar su trabajo. Muy temprano—el día era apenas una gasa vaga—notamos que faltaba una mula. Es un animal mañero que nunca se entregó a las varas. Salimos a buscarla, pero nadie encontró el rastro. ¿Habrú gente por aquí? Podría suceder que anoche se la hubieran robado. Pero no, es absurdo pensar que alguien viva en este desierto. Estoy seguro que estos lugares no los han visto otros mineros todavía. Además, el sordo Aurelio duerme muy poco y adivina las cosas yo no sé cómo, con un presentimiento

muy especial. De todas maneras, si el animal arrancó desesperado, en la misma forma encontrará la muerte.

Al medio día sucedió algo peor. Nos hallábamos entretenidos en las respectivas faenas cuando un alboroto feroz nos alarmó de repente. Era el Pampa Díaz que se había puesto a pelear con el indio Garabito. Yo corrí primero porque estaba más cerca. El indio tenía un arañazo en la cara y sangraba por un hilo fino y largo. La herida se le abría de a poco, como un par de labios que florecían. Pero no había perdido el ánimo. Sujetaba una piedra enorme con ambas manos y estaba empeñado en aplastar al Pampa ¡El Pampa Díaz es un roto malo! Tuve que gritarle para que no se agarraran de nuevo. Y el indio no soltó la piedra hasta que su agresor no guardó el cuchillo.

Por suerte el viejo Puebla sabe curar heridas y el aguardiente ayuda hasta en estos casos. De todas maneras, hay que tener cuidado; algo raro está sucediendo.

Si, algo raro nos pasa a todos. Ya en la tarde, el sordo Aurelio se subió a unas lomas y, ahuecando el cuenco de las manos, empezó a gritar: «¡Metal... metal... aquí está Aurelio...!» Era un grito largo y lastimero que me sobrecogió. ¿Estará loco? Tal vez sea la soledad la que nos está atrapando. ¡Algo raro nos pasa!

Y lo que faltaba. El viejo Puebla me avisó que las provisiones estaban mermando mucho. Aquí no tenemos cómo reponer el agua y las sierras se muestran a lo lejos como una caricia de tentacón. ¿Qué haremos?

A media noche volvió la mula. ¡Pobre animal! Llegó silenciosa como se había ido, pero con mucha sed. No es extraño. Los animales por instinto saben que el desierto es un enemigo.

* * *

¡Hay metal! Estoy seguro, seguro: sería capaz de jurarlo. Me lo han avisado los cerros o el viento que trae entre sus alas un olor seco. Anoche lo soñé. Me vi subiendo por una cuesta suave, entre

dos paredones. Junto a un nidal de rocas estaba la veta madre. Una luna grande se mecía encima de mi cabeza y su brillo se quebraba en astillas sobre el filón precioso. Pero la luna era como una lluvia de pequeños cuerpos blancos que me caían en los ojos sin enceguermme. Grité con furia. Los llamé a todos Don Rafael estaba muy alegre y me abrazaba. Hasta el Pampa Díaz bailaba con un desahorado ritmo caprichoso. ¡Metal... metal! ¿Lo llamó el sordo Aurelio? El brillo del metal sí me quemaba la vista. Me hacía llorar. De repente la luna cesó de alumbrar y, contra el paño negro de la noche, la luz de la veta se convirtió en un reptil amarillo y largo. Era una enorme serpiente de oro. Me lancé como un desesperado sobre el animal... o sobre la veta... antes que huyera. Gritaba y nadie me quería ayudar, porque ahora se habían perdido mis compañeros. Después, la luz de la serpiente me bañó entero. La podía tocar. Estaba en todas partes, y yo seguía gritando.

Me tuvieron que despertar con fuertes zamarreos. Todos, sin faltar uno solo, estaban con sus torsos doblados sobre mi cuerpo. Los empecé a mirar como si saliera de a poco desde el fondo mismo de la noche. Miré sus caras extrañadas, ensombrecidas. Creo que estaban asustados.

El viejo Puebla dijo que yo tenía fiebre. No es cierto. No comprendieron que fué mi esfuerzo, que sostuve una batalla quizás dónde. Pero hay metal. ¡Estoy seguro! Para más certeza, en el mismo paredón vi una cata, una pequeña cueva natural al pie del cerro. ¡Tenemos que encontrarla!

El mismo don Rafael sirvió una segunda ronda de aguardiente para calmar los nervios y hacerle frente a la noche. Ahora recuerdo, no, no había luna. Sin embargo distinguí los ojos furiosos del indio Garabito clavados contra el Pampa Dídz, cuando éste hacía su gesto favorito al beberse el trago. Hay que tener cuidado.

* * *

Hemos avanzado tres días más. Siempre lo mismo. Iniciamos cada jornada muy temprano para que los animales no sufran demasiado. Buscamos un paso para la carreta. Y armamos la carpa al medio día, donde el sol nos obligue a defendernos. A veces el sordo Aurelio se va solo por los cerros, siguiéndonos desde lejos. Se va con su grito lastimero y largo llamando al metal. ¡Yo creo que así lo espanta! En fin, cada minero tiene su pasión puesta en la esperanza y nadie más que él sabe como conseguirla.

¡Pero qué grande es esta tierra! Sólo el silencio es capaz de medirla. Tal vez sea por sus distancias sin reparos que fascina la imaginación. Uno siente el deseo de conocerla, de dominarla. Pero ella no se deja sorprender. No se entrega. ¿Habrá alguien que se haya atrevido con esta tierra antes que nosotros? Pienso que somos los primeros. Ningún indicio acusa otro rastro. Somos los iniciadores de su gran secreto.

Seguimos buscando pacientemente. Perseguir un derrotero es como sostener una lucha contra un enemigo invisible. Se esconde detrás de las lomas y nos llama con una voz que sólo escucha el corazón. A veces don Rafael se queda mirando, mirando, más allá de todas las cosas.

* * *

¿Por qué el viejo Puebla no nos dirá cuántos días llevamos? El sigue con sus rayas, pero insiste en el secreto. ¡Es un viejo odioso!

Don Rafael está enfermo. Al medio día comimos un poco de ese charqui duro que viene en las provisiones. Pero don Rafael no lo pudo soportar. Le tendimos unos cueros en el refugio de la carpa y él se botó muy cansado. Me alarmó verlo con síntomas de congestión. Tenía muchos deseos de dormir.

¡Oh si pudiéramos avanzar un poco más! Yo sé que estamos sobre el derrotero. La pampa me mira como llamándome. Escucho su voz.

* * *

El indio Garabito partió esta mañana a la cumbre, a buscar unas hierbas que le pueden aprovechar a don Rafael. No nos hemos movido. Miro el desierto y tengo la impresión de una cárcel infinitamente grande.

Me entretengo escribiendo estos párrafos. Cada vez que he salido a los cateos, he hecho lo mismo. Después, cuando regrese a Cobija, los repasaré y veré de nuevo los cerros. Es un puro asunto sentimental.

¿A qué hora volverá Garabito?

* * *

El sordo Aurelio apareció otra vez con nuevas piedras. Son de otro picado que sólo él sabe donde los descubre. Pero nadie le ha hecho caso. Estamos desanimados. ¿Por qué no llega todavía el indio Garabito?

* * *

¡Qué fatalidad!

Recién comenzada la noche, don Rafael se agravó. Fué un embotamiento y una rigidez. A los demás nos empezó a dominar un sentimiento de impotencia frente al desamparo de la noche. El viejo Puebla rompió unas tablas y calentó agua. Pero qué, no teníamos nada que darle.

Don Rafael entró en una lucha sorda, la lucha de la vida contra los años. Miré las caras de asombro que tenían el sordo Aurelio y el viejo Puebla mientras el enfermo se desvanecía de a poco.

El Pampa Díaz es una buena porquería: ahí estaba sin decir nada con un gesto frío, como si fuera la indiferencia de esta tierra la que le apagaba la sangre.

¡Debimos regresar hace tiempo! ¡Qué minas ni qué diablos! La noche se había tragado la mitad de las estrellas cuando don Rafael murió. No hizo nada, no dijo nada. Se apagó como una veta que llega al fondo del cerro y se convierte en piedra. Yo tenía rabia y consternación en ese rato. Algo así como un aplastamiento frente a la tierra huraña. Porque fué la tierra la que se vengó en don Rafael. No soportó que profanáramos su silencio. Ahora sé que hemos sido los primeros en llegar aquí.

¡Pobre don Rafael! Nos quedamos toda la noche al lado suyo. Miraba y miraba sin cansarme el dibujo agudo de su frente. Los ojos acostumbrados podían ver a través de una claridad desteñida su mano de barbas lacias.

¿Qué haremos? ¿Qué diremos en Cobija sobre su muerte? ¡Maldita tierra!

El sordo Aurelio, con una voz agorera, empezó a decir que desde ahora el difunto sería un ánima de estas serranías. Lo hice callar a gritos. ¡Sordo idiota!

Seguramente el indio Garabito regresará mañana de las cumbres. Capaz que sospeche algo extraño. El indio tiene un alma que se arrastra.

Me habría gustado llorar o convertirme en nada.

* * *

Esta mañana lo enterramos. Buscamos un reparo en la loma del cerro y cada uno cavó un poco. El Pampa Díaz tiró pala como si abriera una bocamina. Tuvimos que envolverlo en los mismos cueros de su cama. Después la tierra cayó desparramándose con un tamboreo desgarrador. Yo mismo le puse la cruz que hizo el viejo Puebla. Con tarro abierto resguardamos la última vela que

nos quedaba. Creo que el único que no sintió pena fué el Pampa Díaz. ¡Qué hombre éste!

¡Por qué no llega todavía el indio? ¡Qué pasa?

* * *

El silencio del desierto se ha caído dentro de nosotros. No nos podemos ir hasta que regrese el indio. Si partiéramos la caravana parecería un cortejo fúnebre detrás de una esperanza en agonía. ¡Por qué no llega?

* * *

Ya en la tarde decidimos salir a buscarlo. Pasé lleno de un sobresalto angustioso hasta que le dije al sordo que me acompañara. Remontamos el mismo camino por donde lo vimos perderse. Desde una cumbre divisamos las olas muertas de la tierra en una blanda sucesión de fuga. ¡Lejanía sedienta!

El sordo buscó un rumbo y yo otro. Pero qué instinto tiene Aurelio! Como a doscientos metros empezó a agitar los brazos y a llamarme. Su voz era otra, muy distinta a la de antes. Me fué difícil aburarme porque ya no tengo las piernas tan firmes. ¡Y qué espanto! El indio Garabito estaba ahí muerto, asesinado. Una raya cárdena le cruzaba el cuello. La tierra se había bebido su sangre.

Ahora recuerdo que me entró una furia terrible. Uno de ellos tenía que ser. ¡El Pampa Díaz! ¡Seguro! Regresé dispuesto a matarlo o a llevarlo amarrado al puerto.

Ninguno de los dos estaba en la carpa. Pero en ese instante el corazón me dió un vuelco recio. Faltaban casi todos los animales. Sólo dos andaban por ahí, por la carreta. En mi desesperación comencé a mandar al sordo y éste no me entendía. Aurelio hurgó en los sacos y vió que no había provisiones. Se las llevaron. ¡Qué provisiones!, grité. ¡Hay que alcanzarlos! ¡Por dónde? Corriendo volvimos a subir el cerro para ubicar algún indicio desde la altura.

¡Maldición! La tarde se iba desvaneciendo como si se desmayara. Nos ganarían toda la noche, lo cual equivalía a no saber más de ellos.

De todas maneras, desesperado, monté en una mula y caminé en una dirección. Los habría muerto ahí mismo si los pilló. Pero peor. Cuando regresé, el sordo tenía los ojos muy abiertos y tiritaba de pánico. Recién supe que no teníamos agua. Se la llevaron y el saldo lo dejaron perderse en la tierra.

* * *

No quiero apuntar más casas. Tengo miedo. Un enemigo invisible está sobre nosotros. Pasamos despiertos la noche entera. El sordo clavó los ojos en el cerro y no se movió. Sospeché que pensaba en las ánimas. ¡Sordo bruto! ¿Por qué el viejo Puebla se fué con el otro? ¿Lo amenazó el Pampa Díaz? No me lo explico.

* * *

No. No quiero escribir más.

Esta mañana el sordo amarró las dos mulas a la carreta y hemos comenzado a regresar. Si alcanzamos a la aguada del Limón Verde estamos salvados. Ahora vamos haciendo una gran vuelta para atravesar estas lomas y salir a pampa abierta hacia la aguada.

* * *

Pampa, pampa, pampa. Me golpean las sienes. Me cuelgan los brazos. Me arden los ojos. Tengo la sensación de no avanzar. Mejor es decir que nos vamos arrastrando. Tierra y sol. Tierra muerta. ¿Hasta dónde llega esta tierra? Tiene una cara parda y fea. Todo ha terminado por fundirse en un monótono balanceo de miembros cansados. Siento una sed terrible.

* * *

El sordo no quiere hotar la carreta. Asegura que vamos a llegar a la aguada mañana por la tarde. Mientras Aurelio guía, yo me tiendo en el fondo y entre los barquinazos miro un cielo de plomo, inmenso, inagotable. Por lo menos así no miro la tierra. Siento que nos está aprisionando.

* * *

¡Lo que era de esperarse! Una mula no quiere andar. Tiene una mirada turbia y parece asustada. La otra se echó. Nos costó mucho tirar las varas para poderlas librar. Tengo miedo. No se lo digo al sordo, pero tengo miedo. Aurelio se enfureció y la castigó bárbaramente. Hace rato que la mula no se mueve. Vamos por una suave pendiente que tiene dos paredones. Aquí tenemos que descansar.

* * *

Otra vez la noche. No quiero escribir más. Tengo sed. Mañana en la tarde podremos llegar a la aguada. Pero la mula todavía no se mueve. Ahora sí que ya no llevaremos la carreta. Es estúpido. No puedo dormir. ¡No puedo!

* * *

El sordo descubrió entre los rastrojos de la carreta una botella de aguardiente. Lanzó una carcajada bestial, nerviosa, que rasgó el cristal de la noche. Apenas conseguí unos pocos sorbos. Se la bebí con desesperación. Tenía un gesto avaro, ensobrecido. Me imagino que así se bebió la tierra la sangre del indio Garabito. El aguardiente me aumentó la sed. Toda la noche, de rato en rato, he

sentido la risotada del sordo. Es como un eco maldito que rebota en los cerros.

* * *

Mañana en la tarde llegaremos a la aguada. Si encuentro al Pampa Díaz, lo mato. La noche no quiere morir. ¿Dónde está el sordo? Tengo fiebre. Me aprieta la sed. Siento una esponja terrible en la garganta.

* * *

¡Aquí están los paredones... y la cata! ¡Yo sabía que los hallaríamos! Hemos pasado toda la noche al lado sin saberlo. ¡Metal... metal... metal...! ¡Aquí está el derrotero! ¡Vengan... vengan! ¿Dónde está el sordo? Es una veta grande. ¡Vengan...! ¡Don Rafael... viejo Puebla...! Yo la encontré. Nadie más, yo. No importa, mañana en la tarde llegamos a la aguada.

* * *

La mula no se ha movido. ¿Dónde está el sordo? Soy dueño de la mina. Por eso escribo, para que lo sepan cuando vengan. Pero la tierra me la quiere quitar. ¡Me la quiere quitar...!

* * *

Sol. Fiebre. Sol. Fiebre. Tengo sed. Ven, Pampa Díaz. Ven. Toma la mina. Perdóname. Tengo sed. Mañana llegaremos a la aguada. ¡Llegaré yo solo!

* * *

Volví a mirar los despojos. Pasé la vista muchas veces, de rincón en rincón, de parte en parte. Me dominaba una sensación atroz. Todo tenía un barniz de quietud, como la inmovilidad de la muerte. Pero la tierra era implacablemente enemiga.

Repasé las hojas. La letra, que al comienzo era fácilmente legible, se había transformado después en un montón de rayas nerviosas, hasta que llegaron a ser rasgos trazados por un loco. Pero, ¿cómo sucedió que las hojas quedaron juntas y con las tapas perfectamente amarradas? En fin, nunca me fijo en los detalles.

Repentinamente volví a pensar que ésa era la mina. Vi claro el filón macizo de la veta. Todo podía ser mío sin más trabajo que tomarlo. Pero me había caído en un pozo profundo dentro de mí mismo. Me embargaba por entero una consternación y un respeto a esos despojos. Ellos dormían sobre el silencio y el silencio dormía sobre la tierra.

Y me fuí. Cuando me reuní más tarde con mis compañeros, ellos notaron que algo raro me amarraba. Pero nunca les dije lo que había hallado. Jamás se lo he contado a nadie. Dudo que alguien pueda llegar otra vez hasta ese rincón tan lejano del desierto. ¡Salvo una casualidad! En ratos de pobreza he pensado que ahí podría salvarme. Por suerte, hasta la fecha me he resistido. Es mejor. Ahora estoy en el salitre. Casi es lo mismo: una calichera también es una veta. Desde entonces no he vuelto a las minas y creo que no volveré. Sólo me liga ese recuerdo. ¡Ah, y el martillo minero que se me quedó olvidado junto a los restos de la caravana que se tragó el desierto!